

leopoldo zea

## ¿libertad contra igualdad?

Recordando el bicentenario de la primera nación que se comprometió con el principio de la independencia, los Estados Unidos, el sociólogo estadounidense Zbigniew Brzezinski hace referencia a los que parecen ahora proyectos encontrados de esa nación y los del resto del mundo. Al menos con el mundo que, hasta ayer, había encontrado inspiración en el pueblo que enarbó la Declaración que, en 1776, dio inicio a los movimientos de independencia contra el colonialismo. Declaración en la cual encontraron esos otros pueblos, bajo dependencia, los argumentos para reclamar sus libertades.

Estados Unidos –dice Brzezinski– nació en la libertad. Ese hecho central formó gran parte del carácter y el papel mundial de ese país en los subsecuentes 200 años de su historia. También definió la naturaleza de la reacción mundial hacia los Estados Unidos durante mucho de ese tiempo; haciendo de esa dimensión espiritual un aspecto importante del papel de los Estados Unidos en el mundo.

Fue, dijo también Arnold Toynbee, la primera gran descarga libertadora que fue repercutiendo por el mundo a lo largo del tiempo y el espacio. Una especie de explosión en cadena.

Pero en nuestros días el papel libertario de los Estados Unidos parece no alcanzar ya el mismo reconocimiento. El mundo, lejos

de aceptar su liderazgo libertario, se le enfrenta hostilmente, reclamando otros valores, los valores igualitarios. Al mundo ya no parece importarle tanto la libertad ni la igualdad.

Este mundo –sigue Brzezinski– aparece hostil, no porque así lo proclama, aunque algunos lo hacen, sino porque lo que está sucediendo es diferente a los valores y esperanzas estadounidenses. La política mundial se ha transformado en igualitaria más que libertaria, en que las masas motivadas políticamente concentran sus demandas en la igualdad predominantemente material, en lugar de la libertad legal o espiritual.

¿Se trata de proyectos contradictorios? Considero que no; más que contradictorios son complementarios. El uno no es posible sin el otro.

La libertad del individuo y el derecho de autodeterminación de los pueblos no pasarán de ser una hermosa declaración, si la misma no descansa en la igualdad que individuos y pueblos deben tener entre sí. La libertad no es una abstracción, se apoya en la realidad; y esta realidad la determina la relación que guarden unos hombres con otros, unos pueblos con otros pueblos. Y la desigualdad, dentro de esta relación, impide, pura y simplemente, la posibilidad de la libertad. Porque la libertad de que se habla aquí ya no es la supuesta libertad frente al mundo natural, sino la libertad en relación con otros hombres y pueblos.

Se es libre frente a otros, hombres o pueblos, o con otros hombres y pueblos. Es la desigualdad entre unos y otros la que impide, o entorpece, precisamente, la posibilidad de la libertad. La libertad, dentro de una situación de desigualdad, resulta exclusividad de quienes poseen mejores medios para hacerla respetar e imponerla. De esta forma resulta ser sólo la imposición de una libertad sobre la libertad de otros. Desigualdades no abstractas, sino materiales. Es ésta la igualdad material que ahora reclaman los pueblos que antes hicieron suyos los proyectos libertarios de los Estados Unidos.

¿Qué pasa entonces? Una pugna, pero no de ideales, sino de intereses. Son precisamente estos intereses los que impiden que el proyecto libertario se transforme en algo más que una proclama, en una realidad. Ya que esta realización afectaría los intereses de quienes hacen de la libertad exclusividad de unos pueblos y no de otros. Son estos intereses los que se enfrentan enarbolando banderas que parecen ser contradictorias.

Todo ello –sigue Brzezinski– causa incertidumbre en los Estados Unidos sobre los cambios mundiales y, en algunas

partes del mundo, incertidumbre porque sienten que Norteamérica está contra ese cambio global.

Esto es, el mundo no ve ya en los Estados Unidos la encarnación del modelo libertario, sino su mayor opositor al resistirse a que se creen las condiciones que puedan hacer de esa libertad algo más que una declaración legal y espiritual.

Ahora bien, para los propios Estados Unidos el proyecto libertario ha sido eso, un proyecto, propio de esa nación. Un proyecto que se ha venido realizando, aunque venciendo grandes dificultades. También en los Estados Unidos el proyecto libertario ha tenido que hacer suyo el proyecto igualitario para su realización. No ha bastado enarbolar un ideal, ha sido necesario, además, realizarlo. Y esta realización es la que ha tenido que enfrentarse a los desiguales intereses que imposibilitan tal libertad. De esta forma se ha tenido que realizar el ideal libertario a lo largo de los doscientos años de su propuesta. Es la lucha contra la esclavitud —dice Zbigniew Brzezinski—, la lucha para la extensión del sufragio, por la aceptación de millones de inmigrantes, por la puesta en práctica de los derechos sociales, por el surgimiento de los sindicatos; es también la lucha por los derechos civiles de los negros y, por último, por la reafirmación de la mujer; y el todo enfrentado a una tremenda desigualdad social, a la acumulación de fortunas fabulosas, a las burocracias, a la penetración cultural y a todo tipo de manipulaciones.

Así los ideales libertarios dependen para su realización de ideales igualitarios. Es la desigualdad social, económica, política y cultural la que origina la desigualdad en el uso de la libertad. No es igual la libertad del patrón para contratar trabajo, teniendo en sus manos los medios de producción, que la libertad del trabajador para ceder su única mercancía, el trabajo, careciendo del instrumental para trabajar. Igual sucederá con los pueblos que pretenden enarbolar la bandera de autodeterminación, si carecen de la fuerza para hacer respetar esta autodeterminación. De aquí que naciones poderosas puedan, en nombre del ideal libertario, imponer sus intereses sobre pueblos que carecen de elementos para hacer respetar el derecho de autodeterminación. Son estas potencias las que deciden del uso de determinadas libertades en pueblos que carecen de tal potencia. Vietnam, Chile y otras naciones han tenido que enfrentar la desigualdad que guardan frente a grandes potencias y que imposibilita la anhelada libertad.

De allí la importancia que ahora se da al proyecto igualitario. Pero no en oposición al proyecto libertario, sino como su necesario instrumento de posibilidad. Brzezinski destaca que ahora el ideal igualitario adquiere extraordinaria importancia mundial, y pue-

blos como China y Cuba juegan en nuestros días el mismo papel que jugaron hace doscientos años los Estados Unidos enarblando el ideal libertario. “La idea de la igualdad –dice– está cada vez más en el ambiente y es la aspiración en un mundo cada vez más congestionado.” Los Estados Unidos, que se han empeñado en mantener el viejo proyecto libertario en abstracto, observan ahora con sorpresa, desencanto y disgusto, cómo los pueblos que antes seguían sus banderas ven con desconfianza a la nación que la enarbola.

Los Estados Unidos aseguran que muchos de sus combates sobre el planeta son sólo para preservar las libertades de los pueblos que consideran amenazados. Pretensión que no es ya creída y que, por el contrario, es enfrentada. Para el mundo no occidental lo importante es ahora la realización del proyecto igualitario, ya que de él ha de derivarse la posibilidad de realización del viejo proyecto libertario.

Los últimos movimientos nacionalistas, dice Brzezinski, fueron inspirados en los ideales de autodeterminación de la revolución estadounidense. “Esa emancipación –dice–, como frecuentemente señalaron Nehru, Nkrumah o Sukarno, fue en parte motivada más por los norteamericanos que por las revoluciones bolchevique o China.” Pero lo importante es que ahora estas mismas revoluciones nacionalistas, inspiradas en el ideal libertario estadounidense, han tomado conciencia de su imposibilidad, si las mismas no son anticipadas o coordinadas con el proyecto igualitario. Esto es, si antes no revolucionan la sociedad mundial para que todos los hombres puedan gozar de las libertades en nombre de las cuales hicieron sus revoluciones. Tal es el caso de América Latina, cuyo proyecto nacionalista fracasará una y otra vez, al no contar con los elementos materiales que permitan igualar sus posibilidades de realización con las de los pueblos que ya han realizado este proyecto. Los latinoamericanos se plantearon entre otros proyectos el de ser naciones como los Estados Unidos, haciendo suyos los proyectos de desarrollo y progreso propios de esta nación. Pues sólo contando con los elementos materiales propios de los Estados Unidos, los pueblos de Latinoamérica podrían hacer suyo el proyecto libertario. Los pueblos latinoamericanos no son iguales al pueblo de los Estados Unidos, y es en esta desigualdad que se origina la imposibilidad de hacer suyos los ideales libertarios de los norteamericanos y el mundo occidental.

Los estadounidenses se sienten ahora afectados por las demandas igualitarias. Creen que las mismas sólo pueden conducir a un despojo de sus bienes, bienes que consideran como propios y que por lo mismo no pueden ser redistribuidos. Nada quieren saber de un ideal o proyecto igualitario, ya que les afectaría al nivelar un

poder que consideran de su exclusividad. Según ellos esta limitación afectará a su propia libertad, que suponen sería la del mundo entero.

Esa búsqueda por un mayor bienestar global parece significar para muchos norteamericanos –dice Brzezinski– una reclamación de sus recursos y un presagio de la confiscación de los frutos de su labor.

En otras palabras, la realización del proyecto libertario, esgrimido por Norteamérica, pareciera depender de que sus ciudadanos tengan que ceder sus bienes para igualar las posibilidades de los demandantes. Entonces ¡al diablo con la libertad!, pero con la libertad de otros pueblos. Ni el mundo llamado occidental ni su líder los Estados Unidos se muestran dispuestos a ceder en sus intereses para posibilitar la libertad de otros pueblos, ni a ceder ninguna ventaja material que implique lesión o disminución alguna de sus intereses. El proyecto igualitario es así rechazado por una sociedad que, quíerese o no, hace depender la libertad de sus miembros de la situación de desigualdad de otros hombres y pueblos.

El liderazgo de la postura libertaria, pero no igualitaria, ha estado y está en el grupo o élite que llama Brzezinski **WASP** (White Anglo Saxon Protestant); o sea, la élite Anglo Sajona Blanca y Protestante. La élite heredera del grupo que, desde el siglo XVII, viene enarbolando principios como los de la libertad individual, el individualismo y el derecho de un pueblo a apropiarse de los frutos de la naturaleza que sean capaces de explotar y reproducir. Es la élite que enarbola, para sus pueblos, el derecho de autodeterminación; y en nombre de ello, paradójicamente, el derecho de intervenir en otros pueblos en supuesta defensa de la libertad de los mismos. La élite que se ha venido constituyendo en juez y parte de una moral libertaria y que hace de la libertad un bien al que sólo parecen predestinados determinados hombres y pueblos. Una élite que, moral y materialmente, ha sido derrotada, al decir del propio Brzezinski, respecto a Vietnam. El proyecto de la élite **WASP** es el que resume el plan que animó a toda la expansión occidental sobre el resto del mundo, completando y perfeccionando la expansión que se iniciara en el siglo XVI. Proyecto que encuentra su mejor instrumento de realización en la desigualdad que su expansión sobre otros pueblos hizo patente. Desigualdad que tratará de afirmar en nombre, precisamente, del proyecto libertario. Libertad que se expresa en ese “dejar hacer, dejar pasar” de los fisiócratas y culmina en la tesis darwiniana del triunfo de los más aptos en la libre lucha por la vida.

La libertad, como expresión de la igualdad de todos los hombres, como declaraba Descartes, y que sostendrá, siglos después, la Revolución Francesa en 1789. Todos los hombres son iguales y por ello tienen los mismos derechos a la libertad, salvo que la libertad se expresara como la lucha del hombre contra el hombre. Una lucha sin cortapisa, a través de la cual se van haciendo patentes ineludibles diferencias, que lo serán también diferencias respecto al uso de la libertad. "Libremente", los mejores individuos se impondrán a los que ya no lo son; los superiores se impondrán a los inferiores. Todos los hombres son iguales, pero algunos son más aptos que otros para el uso y gozo de la libertad. La libertad vista como un privilegio y no ya como algo natural a todos los hombres. Todos los hombres son libres para participar en la lucha para alcanzar las mejores situaciones en la sociedad. Pero esta situación dependerá no de la posibilidad de libertad, sino de su modo de actuar; esto es, de la capacidad de los contendientes para imponerse sobre sus semejantes. Es en este sentido que sociedades como la estadounidense se resisten al planteamiento de una situación de igualdad, que consideran ya ha sido trascendida y resulta de acuerdo con los méritos y capacidad de los contendientes. Son estos hombres los que **libremente** han triunfado. Un triunfo no se les puede ahora arrancar; una victoria que ha sido la mejor expresión de su capacidad para triunfar en un mundo de libertades, expresadas en la libre competencia.

Es ésta la distinción que planteará el llamado mundo occidental al resto del planeta. Al mundo que recibe y sufre su expansión. Es la relación de desigualdad presentada como civilización y barbarie; la relación civilizado y primitivo, desarrollado y subdesarrollado. Se acepta que todos los hombres son o deben ser libres, pero partiendo de la idea de que no todos los hombres han alcanzado esta libertad y no la han alcanzado por ser, de alguna forma, distintos entre sí. Es ésta la distinción que se quiere marcar cuando se habla de civilización y barbarie. Distinción que se marca, igualmente, dentro de las mismas sociedades que, a sí mismas, se llaman civilizadas. Porque si no es lo mismo un hotentote que un profesor de la Universidad de Harvard, tampoco lo es el dueño o gerente de una fábrica que el obrero que vende su trabajo. Todos los hombres son libres, salvo que unos han dado a conocer su superioridad al demostrar su capacidad para explotar las riquezas que nunca supo explotar el hotentote, y otros fabricando y haciendo propios instrumentos de producción sin los cuales el trabajo del obrero resultará inútil. Superioridad una y otra vez enarbolada frente a los pueblos y hombres que aún no han logrado su libertad ni han demostrado su igualdad con los hombres que la alcanzaron.

Dos filosofías, dos interpretaciones de la historia, son las que se van a derivar de la relación libertad e igualdad. La filosofía de la historia que pone énfasis en la libertad, la filosofía de la que no hablará Zbigniew Brzezinski, y que ha alcanzado su máxima expresión en Hegel; y la filosofía que parece haber desplazado al liberalismo y que encuentra su expresión en el marxismo en sus diversas modalidades. Pero no es extraño que la filosofía de Marx se haya derivado de la filosofía de Hegel, ya que en realidad no son filosofías opuestas, sino complementarias. Porque no es posible la libertad del hombre si no se le concede, también, una situación de igualdad, respecto a los hombres entre los cuales ha de ser probada tal libertad. Como tampoco es posible la igualdad si ésta no es, a su vez, expresión de la libertad de todos y cada uno de los hombres que dan sentido a esa igualdad.

Por lo que se refiere a la América Latina, que pareciera ser la antípoda de la América al norte de nuestro continente, la preocupación por el proyecto igualitario será permanente desde el mismo momento en que entre en la lucha por el logro de la independencia de cada uno de sus pueblos, levantando como propias las mismas banderas que antes enarbolaran las revoluciones estadounidense en 1776 y francesa en 1789. Banderas cuyo levantamiento no bastará para hacer de estos pueblos naciones semejantes a los Estados Unidos, Inglaterra o Francia. Lejos de alcanzar las metas libertarias, los pueblos latinoamericanos se verán obligados a aceptar nuevas formas de dependencia, nuevas limitaciones a sus libertades, en función, precisamente, con la situación de desigualdad que guardan respecto a las naciones dueñas de tales banderas. Paradójicamente, se lucha para libertarse de un determinado dominio, y al lograrlo, aceptar, **libremente**, otro dominio. Para deshacerse de las cadenas del imperialismo ibero, se aceptan, plenamente, otras formas de dominación. La dominación que se supone incorporará a estos pueblos al progreso, a la civilización, así sea en calidad de simples instrumentos. Esto es, no pudiendo ser centro de la civilización, al menos sucursal de la misma. Sino locomotora del tren de la civilización y progreso, al menos "Furgón de Cola", como diría Ernesto "Che" Guevara. Es decir, se acepta la desigualdad para así poder formar parte de una sociedad supuestamente libre. Pero será, precisamente, la conciencia de este hecho la que origine las demandas señaladas por Brzezinski, las demandas de igualdad. Antes de ser libres, habrá que ser iguales. Pues será de esa igualdad que dependa, precisamente, la auténtica libertad. La libertad que levantaron los Estados Unidos como proyecto imposible para otros pueblos, y que éstos buscan ahora posibilitar.

Tal es el sentido de la filosofía de la historia que podríamos considerar propia de esta nuestra América. Filosofía de la historia que se inicia como toma de conciencia de la dependencia y de la

necesidad de ponerle fin. Filosofía que vemos encarnar en un Simón Bolívar y culminar en un José Martí. Pasar del proyecto libertario al proyecto igualitario. El proyecto libertario dependiendo, para su realización, del proyecto asuntivo e igualitario. Se pugnará así por una sociedad capaz de reconocer no sólo la libertad, sino la igualdad de todos sus miembros. Igualdad de razas, religión, nacionalidad, cultura y aun de intereses. Proyecto igualitario que ésta nuestra América reclamará a lo largo de su historia. Primero frente a España, después frente a la Europa occidental y actualmente frente a los Estados Unidos.